

La calle para el miércoles 22 de septiembre de 2010
Diario de un espectador
Canfield y Argumedo
Miguel ángel granados chapa

Aunque la secretaría de educación pública lo niegue, es un hecho, declarado por el propio autor, que el rostro del coloso de veinte metros que fue armado y alzado el 15 de septiembre en el zocalo de la ciudad de México se inspiró en una foto de Benjamín Argumedo. Y cuando el investigador y activista Pablo Moctezuma Barragán hizo recordar de quién se trataba, se generó un escándalo por el mal tino de haber seleccionado a ese personaje.

Juan Carlos Canfield Zapata, el escultor del coloso es un artista muy exitoso, que ha colocado buena parte de su obra en espacios públicos desde que abrió su propio taller, hacia 1993. Él mismo confiesa que el rostro de su obra efímera nació de ver el de Argumedo. Pero salvo lo que le dijo Jorge Vargas, el productor escénico del que dependía la colocación de la estatua, y que es duranguense como Argumedo, según una de las versiones sobre su origen, que algo le dijo sobre su participación en la Revolución, Canfield lo ignora todo acerca del personaje que se convirtió en piedra de escandalo.

Todo se convirtió en un equívoco. ¿A quién se le ocurre tomar el retrato de un participante en la revolución cuando de lo que se trata es de erigir un coloso el quince de septiembre, en el bicentenario relacionado con la independendencia? ¿El descuido por la historia habrá conducido al extremo de pasar por alto que entre una y otra lucha transcurrieron cien años? Si se trataba de inspirarse en un personaje, Canfield hubiera buscado a un insurgente. O de perdida a un soldado realista, pero que correspondiera a la época.

Tenemos nuestra propia conjetura para explicar la aparición de Argumedo en escena. Quizá Canfield escuchó, de niño o ex profeso para esta ocasión, un corrido del dominio público titulado Carabina treinta-treinta en que se habla de su héroe de una manera ambigua. Quizá la ignorada mente creativa que compuso esa pieza musical utilizó ese nombre no porque quisiera rendirle homenaje sino simplemente porque rimaba con miedo.

Recordemos la letra (una de las versiones al uso, pues hay varias, con mínimas diferencias) de ese corrido para que tengamos una información común:

“Carabina treinta-treinta,/ que los rebeldes portaban/ y decían los maderistas /que con ella no mataban./ Con mi treinta-treinta me voy a marchar/ a engrosar las filas de la rebelión/ si mi sangre piden mi sangre les doy/ por lo habitantes de nuestra nación./ Ya nos vamos para Chihuahua/

ya se va tu negro santo/ si me quebra alguna bala/ ve a llorarme al camposanto...”

La estrofa generadora del desaguizado dice como sigue:

“Gritaba Francisco Villa/ ¿dónde te hallas Argumedo?/ Ven párate aquí adelante/ tu que nunca tienes miedo”.

Esa idea del valiente soldado de la revolución, elogiado por el propio Villa podría ser el dato que movió a Canfield a buscar un retrato de Argumedo, con todas las consecuencias ya conocidas.

No pudo escoger peor personaje. La lucha armada que duró alrededor de diez años tuvo muchas fases, y en algún momento todos peleaban contra todos. Por eso se le ha llamado “la bola”, un movimiento en apariencia carente de sentido. Argumedo, un talabartero que tomó las armas, estuvo con todas las causas, a todas traicionó y casi siempre fue derrotado. Lejos de elogiarlo, Villa se habría burlado de él, porque lo venció varias veces, en célebres batallas como la toma de Torreón, después de que Argumedo se había sumado a sus filas.